

LOS FRUTOS DE MI MUJER



HAN KANG



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN
Bogotá, marzo de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© **Instituto Distrital de las Artes – Idartes**
© **Han Kang**, por el texto
© **Sunme Yoon**, por la traducción

Camila Cardeñosa, diseño de la colección
Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
Fredy Ordóñez, edición
eLibros Editorial, producción ebook

Fotografía de la autora:
Han Kang (**Volker Schwarz**)

ISBN: 978-628-7531-50-5

GERENCIA DE LITERATURA
IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46. Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
 @LibroAlViento  @Libro_AI_Viento

LOS FRUTOS DE MI MUJER
Han Kang

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

LA AUTORA

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del Instituto Distrital de las Artes –
Idartes, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

LOS FRUTOS DE MI MUJER

Han Kang

Traducción de Sunme Yoon

1

Fue un día primaveral de fines de mayo cuando vi por primera vez los moretones en el cuerpo de mi mujer. Las peonías de los arriates junto a la portería del edificio de apartamentos dejaban caer los pétalos como lenguas cortadas y las lilas blancas machucadas contra la acera del hogar de jubilados se pegaban a las suelas de los transeúntes.

Era cerca del mediodía. Cargado de polvo y polen, el sol se derramaba blando como la pulpa de un melocotón maduro sobre el piso de la sala. Ese sol dulzón y tibio me daba en la espalda mientras mi mujer y yo leíamos en silencio el diario del domingo compartiéndolo a medias.

La semana había sido agotadora como siempre. No hacía mucho que me había despertado del sueño reparador que solo me estaba permitido los domingos. Tumbado de costado y moviéndome cada tanto para obtener una posición más cómoda, repasaba con lentitud las páginas impresas.

—¿Me puedes mirar un momento? No sé por qué no se me desaparecen estos moretones.

No tanto porque hubiera comprendido lo que me decía, sino porque su voz había roto el silencio, levanté distraídamente los ojos hacia ella.

Tuve que sentarme y enderezar la espalda. Todavía con los dedos entre las hojas del diario, me froté los ojos. Se había levantado la camiseta hasta el sostén y me mostraba unos moretones bastante intensos en el abdomen y la cintura.

—¿Cómo te hiciste eso?

Se giró sin responderme y, bajándose el cierre de la falda plisada, me mostró la espalda hasta el comienzo de las nalgas. Tenía claramente estampados varios moretones azulados del tamaño de las manitas de un niño.

—¿Que cómo te los hiciste? —volví a preguntarle alzando la voz, haciendo trizas el silencio de la pequeña sala de nuestro apartamento.

—No lo sé... No me acuerdo de haberme caído... Pensé que se me irían solos, pero están cada vez más grandes —respondió ella, esquivando mi mirada como una niña que ha sido pillada haciendo algo malo.

—¿No te duelen? —pregunté suavizando la voz, como disculpándome por el tono de reprimenda que había usado.

—No me duelen, pero no tengo sensibilidad en esas partes. Eso me asusta más —respondió mi mujer con una sonrisa en los labios, lo que no se condecía con la gravedad de lo que me estaba diciendo, aunque sin trazas de la cohibición de hace un rato—. ¿Te parece que vaya al médico?

De pronto me sentí incómodo y observé con cuidado el rostro juvenil de mi mujer. Se me antojó que era una desconocida, que no era la misma persona con la que había convivido durante cuatro años en la misma casa.

Mi mujer, que era tres años menor que yo, acababa de cumplir veintinueve. Antes de casarnos se veía tan joven que me daba vergüenza caminar con ella por la calle —parecía una colegiala cuando no se maquillaba—, pero ahora se podían percibir en su rostro signos evidentes de cansancio que no cuadraban con sus rasgos inocentes. Ya no la confundirían en ningún lado con una adolescente o una estudiante universitaria; incluso alguno podría pensar que era mayor que yo. Sus mejillas, que solían ser como manzanas rojas por madurar, se veían hundidas como abatidas de un puñetazo. Su cintura cimbreante como un tallo de batata y su vientre de bonitas curvas habían enflaquecido tanto que daban pena.

Traté de recordar la última vez que la había visto desnuda a la luz. Sin duda no había sido este año y no estaba muy seguro de que hubiera sido el año anterior. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ella, mi única familia, tenía semejantes moretones en el cuerpo? Repasé las finas arrugas que se le habían formado en los bordes de sus ojos redondos y le pedí que se desnudara.

—¿Y si me ve alguien? —protestó ella, enrojeciendo los pómulos, que le sobresalían feos de tanto peso que había perdido.

A diferencia de otros apartamentos que daban a los balcones de otros edificios, el nuestro daba a la autopista. Entre esta y el complejo de apartamentos en el que vivíamos pasaba un riachuelo y había por lo menos tres calles de distancia, de modo que, salvo que fuera con unos binóculos, nadie podría verla. Por otro lado, era imposible percibir lo que ocurría en la sala de un decimotercer piso desde el interior de los automóviles que pasaban raudamente por la autopista. De modo que la protesta de mi mujer no podía ser otra cosa que vergüenza de desnudarse ante mí. ¿Acaso no habíamos hecho torpemente el amor hasta quedar extenuados en pleno día en esta misma sala? Sí, en esta sala, a poco de casados, con las ventanas abiertas de par en par, buscando un poco de alivio del calor sofocante de agosto.

Un año después nos amábamos con mayor pericia, pero perdimos la pasión de hacerlo hasta caer exhaustos. Mi mujer tenía el sueño profundo durante las primeras horas de la noche, de modo que siempre la encontraba dormida cuando llegaba tarde a casa. No salía a recibirme y yo mismo abría la puerta del apartamento con mi llave. Después de asearme, entraba en el dormitorio, pero solo me esperaba su respiración acompasada. Si la abrazaba tratando de mitigar mi soledad, ella entreabría apenas sus ojos soñolientos y me acariciaba en silencio los cabellos, sin rechazarme, pero sin tampoco responder a mi abrazo, hasta que me sosegaba.

—¿Todo? ¿Quieres que me quite todo?

Frunciendo el ceño como si no pudiera contener la risa, mi mujer se apresuró a taparse la entrepierna con la ropa interior hecha un ovillo.

Hacía mucho tiempo que no veía a la luz su cuerpo desnudo, pero no me nació deseo alguno. Al ver los moretones de color verde claro que tenía en las nalgas, los costados, las piernas y hasta en el interior de sus muslos blancos, me asaltó una cólera repentina. Cuando esta se aplacó, me sentí triste sin saber por qué. Con el carácter distraído que tenía mi mujer, no me extrañaría que se hubiera golpeado contra un automóvil que se desplazaba a poca velocidad mientras caminaba soñolienta a primeras horas de la noche, o que hubiera tropezado y rodado en la oscuridad por los escalones del portal de nuestro edificio y estuviera tan dormida que lo olvidara.

Estaba allí de pie, de espaldas al sol primaveral que entraba por la ventana, tapándose la entrepierna con las dos manos y preguntándose de nuevo si debía ir al médico. Su aspecto me pareció tan patético, lastimoso y triste que me despertó una inmensa ternura, como hacía tiempo que no sentía, así que no pude hacer otra cosa que abrazar con fuerza su cuerpo escuálido.

2

Creí que se le pasaría. Por eso le dije ese día de primavera tardía, mientras abrazaba su cuerpo flaco: “Como no te duelen, se te irán pronto. No es la primera vez que te haces daño en alguna parte por no tener cuidado”. Se lo dije riendo para suavizar el reproche.

Después me olvidé por completo, hasta que una noche de principios de verano, en la que una brisa caliente frotaba sus mejillas pegajosas contra las hojas de los plátanos y contra los faroles soñolientos de ojos congestionados, ella dejó la cuchara sobre la mesa después de la cena y volvió a mencionarlo:

—Es que es muy raro lo que me pasa. Mírame de nuevo, por favor.

Levantó sus brazos raquíticos y se quitó a la vez la camiseta y el sostén. No pude evitar lanzar una breve exclamación.

Los moretones del tamaño de las manitas de un bebé habían crecido y ahora eran grandes como hojas de taro. Además, se habían puesto más oscuros. Como los sauces, que en primavera son de color verde claro y en verano adquieren una tonalidad más intensa, ahora eran de un verde sombrío.

Extendí la mano temblorosa y pasé los dedos por sus hombros amoratados como si tocara un cuerpo ajeno. ¿Cómo se habría lastimado para que le salieran semejantes magulladuras? Mirándola con más detenimiento, su cara tenía un tono azulado como si tuviera dentro plomo derretido. Su pelo, que solía ser lustroso, estaba seco como la paja. El blanco de sus ojos era tan níveo que tenía un tinte índigo, lo que hacía resaltar aun más sus ojos negros, que estaban húmedos y brillantes.

—¿Qué me estará pasando? Quiero salir afuera todo el tiempo... Y cuando salgo y veo el sol, me dan ganas de desvestirme. ¿Cómo decirlo? Es como si fuera mi cuerpo el que quiere despojarse de la ropa.

Se levantó de la silla con su torso desnudo chocantemente esmirriado y continuó diciendo:

—Anteayer salí desnuda al balcón y me quedé de pie junto al tendedero. No me dio vergüenza ni nada... ni me importó que me vieran... como si me hubiera vuelto loca.

Toqueteando con nerviosismo los extremos de los palillos que tenía en la mano, observé su cuerpo flaco que se acercaba a mí.

—Nunca tengo hambre. Si bien tomo más agua que antes, no como ni siquiera un cuenco de arroz al día. Mi estómago no debe producir suficiente bilis porque, cuando me obligo a comer algo, no hago bien la digestión y tengo ganas de vomitar en cualquier lugar.

Mi mujer se sentó en el suelo tomándose de las rodillas como si se derrumbara y hundió su cara entre mis muslos. ¿Estaba llorando? Sentí que una humedad tibia mojaba los pantalones de mi sudadera.

—¿Sabes lo que es devolver varias veces al día? Es como marearse en tierra firme y no poder andar erguido. Y la cabeza... me duele como si me clavaran algo punzante en el ojo derecho. Los hombros se me ponen duros como leños, se me acumula un líquido dulce en la boca y voy vomitando ácido de color amarillo en las aceras y contra los árboles...

La gastada lámpara fluorescente parpadeaba chirriando como un insecto. Bajo la luz plomiza, mi esposa sollozaba quedamente mordiéndose los labios, con la espalda llena de cardenales.

—Ve al médico —le dije, alzando su cara—. Ve mañana mismo a ver a un médico clínico.

Ella tenía la cara horriblemente empapada de lágrimas. Pasé mis dedos por sus cabellos pajizos y, tratando de sonreír con toda la boca, añadí:

—Y, por favor, ve con cuidado. Ya eres grande para tener semejantes moretones, ¿no crees? Ni que fueras una niña.

Abriendo débilmente los labios, a donde iban a parar sus lágrimas, ella esbozó una sonrisa húmeda.

¿Siempre había llorado tanto? Antes no era así. La primera vez que la vi llorar fue a los veintiséis años cuando me dijo que no quería vivir en Sanggye-dong. Antes de casarnos era de reírse mucho y su voz siempre traslucía una sonrisa, como un fondo de color alegre.

Con ese tono demasiado maduro y sereno para su rostro juvenil, me dijo un día con voz temblorosa:

—Creo que me iré secando de a poco en ese lugar donde se apiñan setecientas mil personas; en esos miles de apartamentos todos iguales; en esas cajoneras con cocinas, techos, inodoros, bañeras y balcones todos idénticos. ¡Odio los ascensores, el parque, la plaza de juegos, las tiendas y hasta los cruces de cebra!

—¿Por qué te comportas de pronto como una niña? —le dije, como consolando a un niño, prestando atención solo al tono implorante de su voz y no a lo que decía—. ¿Por qué dices eso sin haber vivido allí? ¿Por qué te parece malo que haya tanta gente?

Me puse serio y la miré a los ojos. No había malicia en ellos.

—Mira —seguí diciéndole—, yo siempre alquilaba a propósito cuartos que estuvieran cerca de una calle bulliciosa y llena de transeúntes, donde resonara una música estrepitosa a todo volumen, donde los coches tocaran bocina para abrirse paso. No soportaba otros lugares...

De esos ojos exentos de malicia, rodaban unos lagrimones enormes.

—No aguantaba la soledad si no eran sitios así —rematé.

Ella se enjugó el llanto. Como si se lavara la cara, se pasó las palmas una y otra vez por las mejillas para limpiarse las lágrimas que no paraban de caer.

—Creo que me voy a enfermar y que me moriré poco a poco. Siento que no podré bajar de este piso trece, que no podré escapar de aquí...

—¿Por qué dices esas cosas horribles? De verdad que eres rara tú.

Tengo que reconocer que mi mujer se enfermó a menudo el primer año, cuando llegamos a vivir a nuestro apartamento de Sanggye-dong. Estaba acostumbrada al frío del cuarto que alquilaba en la ladera de una colina y no se adaptó bien al espacio cerrado y a la calefacción central del piso. Su

cuerpo, entrenado de tanto subir y bajar a paso rápido por la empinada pendiente para no llegar tarde a la editorial donde trabajaba por un sueldo magro, se debilitó muy pronto.

De todos modos, ella no dejó su trabajo porque nos hayamos casado, pues acababa de renunciar cuando le propuse matrimonio. Entonces ella pensaba irse a vivir a otro país con el dinero de la liquidación y lo que había ahorrado de su sueldo y de las dos clases particulares que daba los fines de semana.

—Quiero renovar mi sangre...

Fue lo que me dijo la tarde que entregó por fin la carta de renuncia que llevaba en su bolso desde hacía tiempo. Dijo que quería cambiar la sangre mala que tenía acumulada en las venas; que quería limpiar sus pulmones cansados con un aire más libre; que su sueño desde niña había sido vivir y morir libremente; que lo había estado posponiendo porque no se daban las condiciones, pero que ahora que tenía unos ahorros se sentía capaz de hacerlo; que quería vivir seis meses en un país e irse a vivir a otro unos meses después y así todo el tiempo.

—Quiero hacerlo antes de morirme. Quiero ir hasta el fin del mundo, llegar sin prisas hasta lo más lejos que se pueda, hasta el otro extremo del planeta... —remató, con una sonrisa callada.

Sin embargo, en lugar de todo eso, aportó ese dinero, que tampoco era mucho, para el depósito del apartamento y los gastos de la boda.

—Es que no creo que pueda romper contigo... —dijo brevemente, explicando su proceder.

¿Qué tan auténtica era la libertad con la que decía soñar? No debía ser gran cosa si había podido renunciar a ella tan fácilmente. Los planes que hizo para su consecución eran infantiles, y en el fondo no eran más que fantasías románticas e irreales. Suponía que se habría dado cuenta de ello con el tiempo y, de solo pensar que había sido gracias a mí, hasta me emocionaba un poco.

Sin embargo, cuando veía sus hombros flacos caídos como hojas de col mustias —seguramente porque se enfermaba a menudo— y que se quedaba con la cara pegada al vidrio de la ventana viendo correr los automóviles por

la autopista, me rompía el corazón. Permanecía allí de pie, quieta, sin siquiera respirar fuerte, como si unos brazos invisibles la aferraran de los hombros, como si una cadena y una pesada bola de hierro le inmovilizaran las piernas.

Cuando a altas horas de la noche o de madrugada los taxis y las motocicletas atravesaban raudamente la autopista vacía con un ruido atronador, ella se despertaba asustada y temblando. Decía que no eran los coches sino la carretera la que parecía correr a toda velocidad y arrastrar la casa con ella. Cuando el ruido se perdía en la lejanía, volvía a caer en un sueño lánguido y entonces su bonito rostro adquiría una palidez que no parecía de este mundo.

—¿De dónde vendrán?

Y otro día, con una voz apenas audible, preguntaba como en sueños:

—¿A dónde se dirigirán todos corriendo de esa manera?

4

Cuando llegué a casa al día siguiente, mi mujer vino corriendo desde la sala al escuchar mis pasos. Tenía los pies desnudos, no llevaba calcetines ni pantuflas. Haría tiempo que no se cortaba las uñas de los pies, pues las tenía largas y curvadas hacia abajo.

—¿Qué te dijo el médico?

No me respondió. Se quedó viendo cómo me sacaba los zapatos, se acomodó detrás de las orejas un mechón de pelo opaco que le caía sobre la cara y ladeó la cabeza.

Era la misma mirada de perfil. El día que la conocí, cuando nos dejó solos el colega del trabajo que me la presentó, se produjo un silencio momentáneo y en su cara afloró la misma expresión misteriosa. Me quedé perplejo, pues era la mirada de alguien que vaga sin rumbo por lugares lejanos sin decirle a nadie dónde va. Fue como vislumbrar una soledad ajena en un rostro normalmente adorable y alegre. Eso me hizo pensar que ella sabría entenderme y, ayudado por el alcohol, le confesé que había vivido toda la vida muy solo. Entonces ella, que entonces tenía veintiséis

años,ladeó el rostro y se quedó con la mirada puesta en la lejanía como ahora, con una expresión que, de tan triste, era gélida.

—¿Pero has ido a ver al médico?

Todavía con el rostro ladeado, mi mujer asintió con un ligero movimiento. ¿Me miraba de lado para esconder su rostro demacrado o quería demostrarme su descontento por algo que yo había hecho?

—Vamos, dime, ¿qué te dijo?

—Que no es nada —respondió como si suspirara, con una voz tan calmada que hasta me dio miedo.

Lo que más me gustó de ella cuando la conocí fue su voz. Aunque suene imposible, me produjo la impresión de una bandeja primorosamente barnizada y esmaltada que se guarda con cuidado y se saca a relucir únicamente cuando hay una visita importante, una suerte de elegante mesilla sobre la que dan ganas de servir el mejor té en las mejores tazas. Ese día, sin conmoverse en absoluto por mi confesión insegura y temblorosa, me respondió con voz cortés y serena, como si fuera la cosa más natural del mundo: “Yo no quiero establecerme en ningún sitio”.

Entonces yo le hablé de plantas. Que mi sueño era llenar el balcón de grandes macetas y cultivar ahí lechugas verdes; que quería ver florecer la perilla como copos de nieve cuando llegara el verano. Ella se me quedó mirando fijamente, como si no le cuadrara que un tipo grande como yo le hablara de plantas y flores. Cuando rematé mi discurso diciendo que quería cultivar brotes de soja en la cocina, se rio suavemente. Aferrándome a esa risa delgada y cándida, repetí otra vez: “Es que he vivido toda mi vida muy solo”.

Tal como lo dije, puse macetas en el balcón cuando nos casamos, pero ninguno de los dos resultó ser un buen horticultor. Creí que bastaba con regarlas, pero por alguna razón desconocida las hortalizas se murieron poco a poco sin darnos la oportunidad de cosechar nada.

Alguien dijo que era porque vivíamos en un piso alto y las plantas no recibían la energía de la tierra; y otro, que era porque el agua y el aire no eran buenos. Alguno también nos regañó diciendo que no las habíamos cuidado lo suficiente, pero eso no era cierto. Mi mujer mostró un celo

inesperado por las plantas. Cada vez que una lechuga o perilla se marchitaba, se quedaba triste el resto del día; pero si parecía revivir, se ponía a tararear cancioncillas en voz baja.

Como sea, ahora en el balcón solo había macetas cuadradas llenas de tierra reseca. Me preguntaba a dónde habrían ido a parar las plantas y las verduras que se murieron. “¿Dónde se fueron los días en que sacaba las plantas al antepecho de la ventana y dejaba que la lluvia me mojara los dedos? ¿Dónde se fueron los días de juventud?”, pensaba. Cuando me veía así, ella me decía:

—Mejor vayámonos lejos.

A diferencia de las verduras de hoja que revivían vigorosas cuando recibían el agua de la lluvia, mi mujer se iba marchitando tristemente.

—Aquí me ahogo y no puedo vivir. Hasta se me ennegrecen los mocos y la flema —decía, sacando su mano flaca por encima de las lechugas para juntar un poco de lluvia y tirarla al suelo del balcón—. ¿Ves? ¡La lluvia está sucia! Las plantas reviven solo en apariencia.

Lo decía con tono hostil, como los que gritan “¡Este país es una porquería!” cuando se emborrachan.

—¿Cómo van a crecer bien con tanto ruido? ¿Confinadas en un lugar tan cerrado?

—¿A qué te refieres con “tan cerrado”? —le grité, sin poder aguantar más que destrozara con su susceptibilidad mi breve e insegura felicidad; sin poder soportar más su cuerpo escuálido por el que corría esa vieja sangre melancólica de la que me había hablado—. ¡Vamos, dime! ¿Qué es lo que te parece tan ruidoso?

Le tiré a la cara la lluvia que recogí en la mano. Se la limpió sobresaltada lanzando un grito breve y se sacudió las manos con un movimiento brusco. Las gotas frías de lluvia salpicaron los vidrios y mi cara, pero el movimiento tiró abajo la maceta que estaba en el antepecho de la ventana, la cual cayó sobre su pie desnudo para luego rodar por el suelo del balcón. Los trozos de cerámica y los terrones de tierra mancharon su ropa y sus piernas. Doblándose por la mitad, se agarró el empeine lesionado con las dos manos y se mordió el labio inferior.

A ella le nació esa costumbre de morderse el labio inferior antes de casarnos cuando yo me enfadaba y alzaba la voz. Entonces se quedaba callada un rato ordenando las ideas y luego me hacía sus planteamientos uno detrás de otro. Sin embargo, desde ese incidente cerró la boca y dejó de decirme lo que pensaba. Nunca más volvimos a pelearnos.

—¿Te dijo que no tienes nada? —le pregunté, quitándome la chaqueta del traje, al mismo tiempo que me asaltaba una fuerte y repentina sensación de soledad y cansancio.

—No encontró nada raro —respondió brevemente, sin tomar la chaqueta que le tendía y con el rostro todavía ladeado.

5

Mi mujer dejó de hablarme como lo hacía antes. Nunca me dirigía la palabra primero y, si yo le preguntaba algo, me respondía con ademanes de cabeza. Si le gritaba diciéndole que me hablase, miraba hacia otro lado, como queriendo decir que no estaba muy segura de querer hacerlo. Ahora se notaba perfectamente bajo la luz fluorescente que tenía mala cara.

Quizá cuando me decía que el médico no había podido encontrarle nada, quería decirme que no estaba mal del estómago, sino que algo la mortificaba. ¿Pero por qué diablos estaba así?

Los últimos tres años habían sido los más cálidos y tranquilos de mi vida. Tenía un trabajo que no me requería demasiado esfuerzo, el dueño del piso parecía ser una persona despreocupada y no nos había aumentado el alquiler, faltaba poco para que pudiéramos suscribirnos a la compra de un apartamento nuevo y mi mujer, aunque no fuera muy cariñosa, era buena esposa. Todo contribuía a reconfortar mi cuerpo cansado, como una tina de baño llena de agua a la temperatura adecuada.

¿Cuál era el problema de mi mujer? ¿Cuál era la causa psicológica que la incapacitaba de ese modo? Me preguntaba cómo podía hacerme sentir tan solo, qué derecho tenía de hacerme sentir de esa manera. Entonces se fue acumulando un odio infinito hacia ella como viejas capas de polvo.

Una mañana de domingo, la víspera de un viaje de negocios al extranjero por una semana, vi a mi mujer tendiendo la ropa en el balcón y se me cortó la respiración. Tenía casi toda la superficie de la piel cubierta de moretones verdosos, a tal punto que las zonas blancas eran las que parecían manchas. Iba a entrar a la sala con la canasta de la ropa vacía, pero le impedí el paso y le ordené que se desvistiera. Cuando se quitó finalmente la camiseta, quedaron a la vista sus hombros de un color verde aceitunado tan oscuro que hasta repugnaba.

Di algunos pasos hacia atrás tambaleante, sin poder quitarle los ojos de encima. El vello de sus axilas, antes abundante, se había reducido a la mitad; y sus pezones, antes marrones y suaves, se veían blancuzcos, como si se hubieran desteñido.

—Esto no puede ser. Voy a llamar a tu madre.

—No, no lo hagas. Lo haré yo —dijo ella rápidamente, pronunciando mal las palabras, como si se hubiera mordido la lengua.

—Ve al médico, ¿me oyes? Ve a ver a un dermatólogo. No, no, mejor ve a un hospital.

Mi mujer asintió con la cabeza.

—Ya sabes que no tengo tiempo para acompañarte. Cada uno tiene que cuidarse la salud por su cuenta. Lo sabes.

Mi mujer volvió a asentir.

—Llama a tu madre. Hazme caso.

Siguió asintiendo, al mismo tiempo que se mordía el labio. ¿Asentía porque me había entendido? Mis palabras se desparramaron sobre el suelo de la sala, como migajas de galletas baratas.

6

La puerta del ascensor se cerró a medias y volvió a abrirse con estrépito. Arrastrando la pesada maleta, caminé hasta el final del pasillo oscuro y toqué el timbre de mi casa. No hubo respuesta.

Apoyé la oreja contra la fría puerta metálica. Toqué dos, tres, cuatro veces. Después de comprobar que el timbre resonaba en algún lugar lejano

de la casa, toqué la campanilla varias veces más. Apoyé la maleta en la puerta y miré la hora. Mi mujer era de tener el sueño profundo en las primeras horas de la noche, pero esto era demasiado.

Estaba exhausto y ni siquiera había cenado. Al menos ese día, no quería abrir la puerta con mi propia llave.

¿Y si me había hecho caso y había llamado a su madre y se encontraba en el hospital? Tal vez se hubiera ido al pueblo con sus padres. Sin embargo, cuando entré a la casa, encontré desperdigados en el vestíbulo sus zapatos, sus zapatillas y sus pantuflas, los únicos que tenía mi mujer.

Mientras me quitaba el calzado, percibí el inusitado frío que había en la casa. Bastó que diera unos pasos para sentir el desagradable olor. Dentro de la nevera había calabacines y pepinos resecos pudriéndose por dentro. En la arrocería, quedaba medio cuenco de arroz hecho quién sabe cuándo y su olor rancio me penetró la nariz junto con el vaho caliente. En el lavaplatos, se amontonaba la loza sin fregar. En la palangana del lavadero, la ropa sucia sumergida en agua jabonosa de color ceniza desprendía un fuerte hedor.

No encontré a mi mujer en el dormitorio, ni el baño, ni en el lavadero. La llamé en voz alta, pero no hubo respuesta. En la sala, vi desparramados en desorden el diario que había estado leyendo la mañana de mi partida abierto en la página que lo había dejado, un cartón de leche de medio litro vacío, un vaso de vidrio manchado con leche seca, una media blanca suya vuelta del revés y su billetera roja de piel sintética.

El desagradable rugido del motor de los automóviles que atravesaban la autopista a toda velocidad era el único ruido que cortaba como un cuchillo el sólido silencio que reinaba en la casa.

Me sentí solo de hambre y agotamiento, porque la vajilla se pudría sin remedio en el fregadero sin que quedara siquiera una cuchara limpia con la que poder comer, porque había vuelto de estar muchos días afuera y no había nadie en la casa, porque quería hablar de las cosas que me habían ocurrido durante el largo viaje y de los paisajes exóticos que había visto desde un tren, porque no había nadie que me preguntara si estaba cansado, porque no podía responderle que estaba bien con voz segura y tolerante. Me sentía tan solo que me enfadé. Me enfadé porque ya nadie iba a arrimarse a

este cuerpo mío sin atractivos, porque ninguna prenda de abrigo podría mitigar el frío que sentía, porque era una realidad evidente que nada ni nadie podría consolarme y yo no había querido admitirlo durante todo este tiempo. Si iba a estar solo en todo momento y lugar, si ya nadie iba a amarme, entonces yo había dejado de existir.

Fue entonces cuando escuché una respuesta débil. Me volví hacia el sonido. Era la voz de mi mujer. Era un bisbiseo ininteligible que provenía del balcón.

—¿Por qué no respondías si estabas en casa? —exclamé, yendo hacia allí con pasos resueltos.

La inmensa sensación de soledad se transformó de inmediato en alivio y abrí de un tirón la puerta del balcón, mientras se me subía hasta la punta de la lengua el malhumor que guardaba para echárselo encima:

—¿Por qué está todo tirado y desordenado? ¿Se puede saber de qué te alimentaste?

Fue entonces cuando vi su cuerpo desnudo.

Estaba de cuclillas y mirando hacia la barandilla del balcón con los brazos en alto. Todo su cuerpo se había vuelto de color verde intenso. Su cara de tinte cetrino lucía lustrosa como un árbol perenne de hojas anchas; y su cabello pajizo se veía lozano como tallos de hierba fresca. Sus dos ojos resplandecían profundos en su cara esmeralda.

Intentó incorporarse y girar hacia mí, que retrocedía, pero sus piernas no se movieron y no pudo levantarse ni caminar. Sacudió su cintura flexible con un movimiento tortuoso y su lengua atrofiada se agitó como una planta acuática entre los labios verdes. Ya no había rastros de sus dientes.

—A... gua... —alcanzó a pronunciar, moviendo apenas sus labios blanquecinos.

Corrí hacia la cocina fuera de mí y llené la palangana de plástico hasta rebosar. Volví al balcón derramando el líquido por el suelo de la sala al compás de mis pasos presurosos. En el instante que la derramé sobre su pecho, su cuerpo revivió y se agitó como las hojas de una enorme planta. Volví a traer agua y la vertí sobre su cabeza, entonces emergieron sus cabellos danzando. Al ver cómo afloraba con toda su frescura el cuerpo

verde y reluciente bajo el chorro de agua que yo vertía, sacudí la cabeza con espanto.

Nunca mi mujer se me había mostrado tan hermosa.

7

Mamá:

Ya no puedo escribirte. Tampoco puedo ponerme el suéter que te dejaste. Me refiero al de color morado que te olvidaste en casa cuando viniste el invierno pasado.

Al día siguiente de que él se fue de viaje de negocios, me lo puse porque tuve escalofríos desde la mañana. Como no lo había lavado, conservaba tu olor y el de las comidas que cocinaste. Debería haberlo lavarlo, pero tenía mucho frío y, además, quería guardar esos olores por mucho tiempo, así que me lo puse y me quedé dormida. Los escalofríos no cesaron hasta la madrugada del día siguiente. No te imaginas lo que fue eso, mamá. Sufrí tanto frío y tanta sed que me puse a llorar cuando llegó la mañana y los rayos de sol iluminaron la ventana del dormitorio. Quise recibir esa calidez en todos los recovecos de mi cuerpo, por eso salí al balcón y me desnudé. El sol olía tan tibio como tu piel, así que me arrodillé y te llamé sin parar.

No sé cuánto tiempo ha pasado. No sé si fueron días, semanas o meses. El aire pareció caldearse, pero luego fue perdiendo la tibieza y últimamente solo siento frío.

Las ventanas de los apartamentos al otro lado del riachuelo parecen iluminadas con luces de tonalidad anaranjada. ¿Podrá verme la gente que vive allí? ¿Podrán verme desde los automóviles que corren por la autopista con los faros encendidos? ¿Qué aspecto tendré en este momento?

*

Él está mucho más amable conmigo. Consiguió un maceta enorme y me plantó allí. Los domingos se sienta en el umbral del balcón durante toda la mañana para quitarme los pulgones. Con lo cansado que solía estar antes,

ahora sube todas las mañanas al monte para traer agua del manantial y la vierte sobre mis pies, recordando que no me gusta el agua del grifo. Hace poco incluso compró un montón de tierra nueva y me trasplantó a otra maceta. Y los días que la lluvia limpia la atmósfera de la ciudad, deja abiertas las ventanas y la puerta de entrada del apartamento por la madrugada para cambiarme el aire.

*

Es extraño, mamá. Aunque ya no pueda ver, oír, oler o sentir el gusto, lo percibo todo de una manera más intensa. Siento los automóviles que se deslizan ásperamente por la autopista, la ligera vibración de los pasos de mi marido cuando entra por la puerta, el anhelo de fertilidad del aire cuando está por llover, la tonalidad blanquecina que adquiere el cielo cuando hay niebla.

Siento que brotan los retoños y las hojas, tanto las cercanas como las lejanas; que las larvas rompen sus huevos; que los perros y gatos paren sus crías; que el pulso del anciano del edificio contiguo parece apagarse pero sigue latiendo; que hierve la espinaca en la cocina del piso de arriba; que hay un enorme ramo de margaritas en el jarrón sobre el equipo de audio de esa vivienda; que las estrellas se desplazan dibujando arcos flexibles sin importar si es de día o de noche; que cuando sale el sol los plátanos a los lados de la autopista se inclinan anhelantes hacia él; que mi cuerpo también se expande lleno de plenitud en esa dirección.

¿Lo comprendes, mamá? Sé que pronto dejaré también de pensar, pero no me importa. Hace mucho que sueño con vivir solo del viento, el sol y el agua.

*

Me acuerdo de cuando era pequeña, de los sabrosos aromas que olía cuando corría a la cocina y hundía mi cara en tu delantal. El olor a aceite de sésamo, a sésamo tostado. Mis manos siempre estaban manchadas de tierra y te ensuciaba la falda cuando te abrazaba.

¿Cuántos años tendría? Me acuerdo de un día de primavera que, subida al tractor de papá, iba por la orilla del mar mientras caía una suave llovizna. Me rondan las imágenes, como molinillos al viento, de los adultos con impermeables que sonreían al verme pasar y de los niños con los flequillos mojados pegados a la frente que agitaban la mano dando saltos.

Para ti el mundo se reducía a ese pueblo pobre a la orilla del mar donde naciste y te criaste. Allí tuviste a tus hijos, allí trabajaste y allí envejeciste. Y algún día yacerás junto a papá sobre la ladera de una montaña de las inmediaciones.

Mamá, me vine a este lugar tan lejos para no ser como tú. Todavía no me olvido de las calles de Busan, Daegu y Gangneung por las que vagué durante más de un mes cuando a los diecisiete años me marché de casa sin rumbo fijo. Mintiendo sobre mi edad, de día trabajaba como camarera en un restaurante japonés y por las noches dormía acurrucada en una sala de estudio, pero igual me gustaba esa vida. Me gustaba el brillo de las luces de la ciudad y el garbo de su gente.

En ese entonces no sabía que iba a deambular, envejecida y ajada, por estas calles llenas de gente desconocida. Si no fui feliz en mi pueblo ni en este lugar forastero, ¿a dónde más puedo ir?

Nunca he sido feliz. ¿De quién será el alma en pena que me persigue tenaz y me ata de cuello, pies y manos? Como una niña que llora si le pegan y grita si la pellizcan, siempre he querido salir corriendo, desgañitarme llorando, destrozar a puñetazos la ventana del autobús sentada en el último asiento con cara de la niña más buena del mundo, sorber a lametazos la sangre que mana de mis manos. ¿Qué era lo que me atormentaba tanto? ¿De qué quería escapar cuando deseaba marcharme al otro extremo del mundo? ¿Por qué fui tan estúpida y no me fui? ¿Por qué no me marché, ligera como el viento, y cambié esta odiosa sangre mía por otra nueva?

*

Dijo que no se escuchaba nada en mis entrañas, que solo resonaba un viento en la lejanía. Es lo que murmuró el doctor anciano, mientras le daba golpecitos al estetoscopio con la punta de los dedos. Después dejó el aparato a un lado y encendió la pantalla en blanco y negro del equipo de ultrasonido. Me puso un gel frío y pegajoso en la panza y, presionando la sonda sobre mi piel, fue repasando lentamente todos los rincones de mi abdomen. Entonces se vio en la pantalla lo que parecían ser mis vísceras.

—Está todo normal —murmuró el médico, pasándose la lengua por los labios—. Lo que se ve ahora es el estómago... No hay nada anormal. El estómago, el hígado, el útero, los riñones... todo está bien.

¿Por qué no habrá podido ver que mis órganos estaban desapareciendo lentamente? Me limpió sin cuidado el gel con un par de pañuelos de papel, pero cuando iba a levantarme, me ordenó que me acostara de nuevo y comenzó a presionar distintos puntos de la panza.

—¿Te duele? —me preguntó de pronto tuteándome y yo le respondí negando con la cabeza, con la vista fija en sus gafas—. ¿No te duele? ¿Aquí tampoco?

—No, no me duele.

Mientras volvía a casa después de recibir una inyección, vomité de nuevo. Me puse en cuclillas, con la espalda apoyada en los azulejos fríos del baño de la estación del metro y empecé a contar los números con la esperanza de que amainara el dolor, ya que el médico me dijo que no me tomara las cosas tan a pecho. Que todo era psicológico. Que debía tomarme las cosas con más calma. Contar uno, dos, tres, cuatro cuando tuviera ganas de vomitar y mantenerme lo más tranquila posible. Sin embargo, el dolor no remitió a pesar de que me brotaron las lágrimas y tuve que sentarme en el piso después de expulsar el jugo gástrico, esperando a que el suelo dejara de sacudirse y se aquietara.

¡Hace tanto que sucedió todo eso!

Mamá, siempre sueño lo mismo. Que crezco tan alto como un álamo, que perforo el techo del balcón, el balcón del piso de arriba, el del piso quince, dieciséis y llego hasta la azotea atravesando el hormigón y las vigas de hierro, que se me abre en la punta del tallo una flor semejante a una larva blanca, que sube la savia transparente por los tubos leñosos a punto de reventar, que alzando bien las ramas empujo hacia arriba el cielo con el pecho para finalmente irme de esta casa. Mamá, sueño lo mismo todas las noches.

*

Está haciendo cada vez más frío. No te imaginas cuántas hojas cayeron al suelo, cuántos insectos se están muriendo, cuántas serpientes cambiaron de piel y cuántas ranas comenzaron su hibernación hoy en el mundo.

Me acuerdo todo el tiempo de tu suéter. Ya casi no recuerdo tu olor. Quisiera pedirle a mi marido que me cubra con ese suéter, pero no hay manera de comunicarme con él. ¿Qué puedo hacer, mamá? A veces llora y otras veces se enfada al verme marchitar. Ya sabes que yo soy su única familia. Puedo sentir que en el agua de manantial que vierte sobre mí se entremezclan sus lágrimas tibias. Que manotea en el aire sus puños cerrados porque no tiene a quién dirigirlos.

*

Mamá, tengo miedo. Tengo que bajar los brazos. Esta maceta es demasiado pequeña y dura. Me duelen las raíces crecidas a más no poder. Me moriré antes de que llegue el invierno. Seguramente no volveré a florecer en este mundo.

8

Cuando le eché encima tres palanganas de agua la noche que volví de mi viaje de negocios, mi mujer vomitó jugo gástrico amarillo. Vi encogerse sus labios con mis propios ojos. Cuando toqué esos labios blanquecinos con mi

mano temblorosa, le escuché emitir por última vez un sonido débil e ininteligible. Después de eso no volví a escuchar su voz, ni siquiera un simple quejido.

Le salieron abundantes raicillas blancas de los muslos, se abrieron flores de color sangre en su pecho, le brotaron pistilos blancos arriba y amarillos abajo en los pezones. Cuando lograba sacar fuerzas y extendía las manos, intentaba abrazarme del cuello. Tratando de hacer coincidir mis ojos con los suyos, que aún brillaban vagamente, me agachaba para que me pudiera abrazar bien con esas manos que parecían hojas de camelia. “¿Estás bien?”, le preguntaba y sus ojos como uvas maduras sonreían ligeramente.

A lo largo del otoño, su cuerpo se fue tiñendo de naranja claro. Cuando abría las ventanas, sus brazos alzados se mecían leve y suavemente según la dirección del viento.

Hacia finales del otoño, comenzaron a caérsele una a una las hojas. Su cuerpo anaranjado se volvió totalmente marrón.

Me acordé de la última vez que me acosté con mi mujer. En lugar del típico olor ácido, sentí un aroma fragante y desconocido emanando de su vulva. Creí que sería un nuevo jabón que usaba o que se había puesto por juego algunas gotas de perfume. ¡Cuánto tiempo había pasado de eso!

Ahora casi no quedan restos de su existencia como ser bípedo. Sus pupilas como granos de uvas se hundieron en el tallo marrón y ahora ya no puede ver nada. Tampoco puede asentar con la punta del tallo. Antes tenía la vaga sensación, imposible de expresar en palabras, de que una especie de leve vibración eléctrica se transmitía de su cuerpo al mío cuando yo salía al balcón. Sin embargo, ese delgado hilo que había entre nosotros se cortó cuando terminaron de caerse las hojas que tenía donde estaban sus manos y sus cabellos. Fue entonces que cayó un puñado de frutos del orificio que había sido antes su boca encogida.

Recibí con una mano todas las semillas, pequeñas como pepas de granada, y me senté a horcajadas sobre el marco del ventanal que separa la sala del balcón. Nunca había visto unos frutos semejantes. Eran de color verde claro y duros como las semillas de girasol que servían en las cervecerías con las palomitas de maíz.

Tomé uno de ellos y me lo metí en la boca. No le sentí ningún sabor ni olor a la cáscara lisa. Luego quebré y mastiqué la semilla que había nacido de la única mujer en el mundo que había sido mía. La primera sensación fue ácida y punzante, pero su jugo me dejó un sabor ligeramente amargo en el fondo de la lengua.

Al día siguiente compré una docena de macetas pequeñas y redondas, las llené de tierra fértil y sembré todas las semillas. Puse la maceta marchita de mi mujer en el centro y, a los lados y en hileras, las macetas pequeñas, y finalmente cerré las ventanas del balcón. Si tenía ganas de fumar, sacaba el torso por la ventana y aspiraba a conciencia y con lentitud el fresco aroma a hierbas que emanaba con fuerza de la vulva de mi mujer. El frío viento de fines del otoño enmarañaba el humo del cigarrillo y mis cabellos crecidos.

¿Volvería a brotar mi mujer cuando viniera la primavera? ¿Floreecerían sus flores rojas? No sabría decirlo.

(작품 출처 표기)

(extraído de *Nae Yeojau Yeolmae*

[*Los frutos de mi mujer*], Moonji Publications, 2018)

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta publicación fue posible gracias al apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI KOREA) y la gestión de la Embajada de Corea en Colombia y la Fundación Cultural Asia-Iberoamérica —especialmente de Samil Yang, de Emma Cho, de Jenny Shin y de Lyda Gómez—, en el marco de la participación de Corea del Sur como país invitado de honor en la Feria Internacional del Libro de Bogotá (Filbo) de 2022.

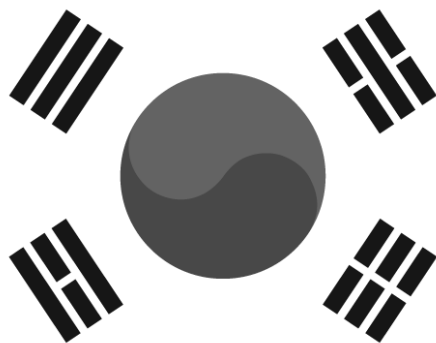


HAN KANG

Novelista. En 1993 publicó un poema en la revista *Literatura y Sociedad*, e hizo su debut al año siguiente al ganar el Premio Literario Anual de Primavera de *Seoul Shinmun*. Ganadora del premio Nobel de Literatura 2024; es la primera surcoreana y la primera mujer asiática en obtener este galardón. Ha publicado *Salamandra de fuego* (una colección de relatos), *Metí la tarde en un cajón* (un libro de poemas) y las novelas *Actos humanos*, *Blanco* y *La vegetariana*, con la que ganó el Premio Internacional Man Booker en 2016. También ha sido reconocida con el Premio Literario Malaparte, el Premio Artista Joven de Hoy y el Premio Literario Yi Sang.

TAEGEUKGI

(bandera de Corea del Sur)



Los frutos de mi mujer fue editado por el
Instituto Distrital de las Artes - Idartes
para su Biblioteca Libro al Viento.